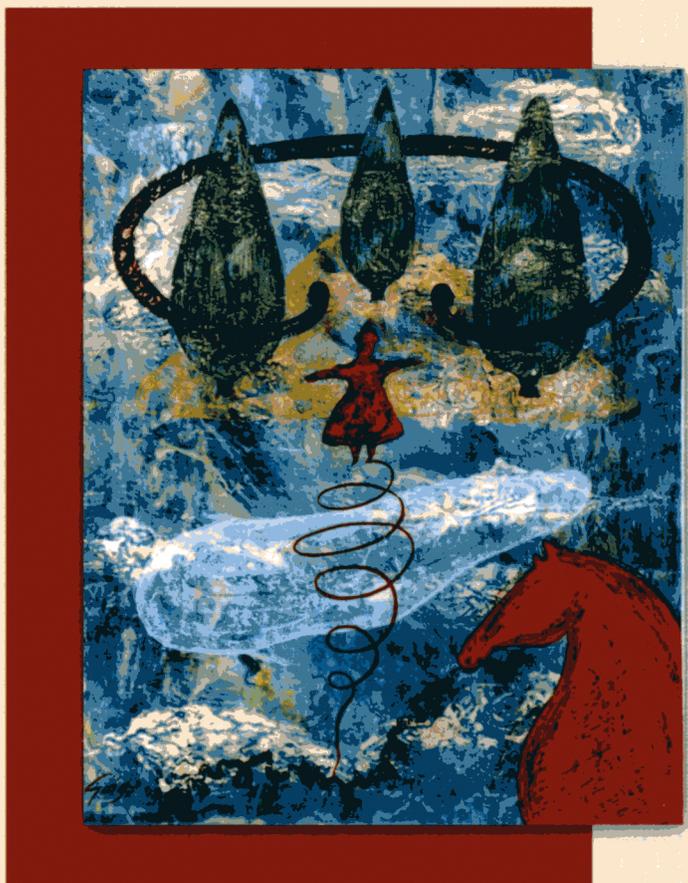


BIBLIOTECA JAVIER COY D'ESTUDIS NORD-AMERICANS

# LA TIERRA DE LOS ABETOS PUNTIAGUDOS

SARAH ORNE JEWETT

---



PUV



LA TIERRA  
DE LOS ABETOS PUNTIAGUDOS

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

Directora  
Carme Manuel

LA TIERRA  
DE LOS ABETOS PUNTIAGUDOS

Sarah Orne Jewett

Traducción y estudio crítico de  
Paul S. Derrick y Juan López Gavilán

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans  
Universitat de València

Título original de la obra: *The Country of the Pointed Firs*

Traducción y estudio crítico: Paul S. Derrick y Juan López Gavilán

1ª edición de 2008

Reservados los derechos

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN: 978-84-370-8546-3

Imagen de la portada: Gema Goig

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

[publicacions@uv.es](mailto:publicacions@uv.es)

## Contenidos

<i>La tierra de los abetos puntiagudos</i> .....	11
Estudio crítico .....	123



LA TIERRA  
DE LOS ABETOS PUNTIAGUDOS



# I

## El retorno

Algo había en el pueblo costero de Dunnet que lo hacía más atractivo que los demás pueblos marítimos del este de Maine. Quizás fuera sencillamente la armonía con la región lo que lo hacía tan acogedor y dotaba de interés a esa costa rocosa, a sus oscuros bosques y a las pocas casas que parecían firmemente incrustadas, como clavadas con estacas, en los salientes de las montañas que rodeaban el pueblecito. Las casas sacaban el máximo partido de sus vistas al mar, y la terca abundancia de flores de sus diminutos jardines exhalaba alegría. Las ventanas de los pronunciados gabletes, estrechas y altas, parecían ojos atentos que observaban la bahía y el horizonte marino a lo lejos, o que miraban hacia el norte recorriendo la costa con su fondo de piceas y de abetos balsámicos. Conocer de verdad un pueblo como éste y sus alrededores es como llegar a conocer a una persona. El flechazo es tan definitivo como rápido en un caso así, si bien es verdad que consolidar una verdadera amistad puede costar toda una vida.

Tras una breve visita dos o tres veranos antes, durante el transcurso de una excursión en velero, volvió una enamorada de Dunnet Landing y encontró inalterada la costa de los abetos puntiagudos, el mismo encanto pintoresco del pueblo con sus enrevesadas convenciones y el aire de aislamiento mezclado con la certeza inocente de creerse centro de la civilización, que habían alentado sus sueños más queridos. Una tarde de junio una sola pasajera desembarcó en el muelle reservado a los barcos de vapor. Había marea alta y una buena cantidad de espectadores, de los cuales, los más jóvenes la siguieron, con emoción contenida, por la angosta calle de la pequeña población de blancos tablones de chilla en la que se respiraba un aire salino.

## II

### La señora Todd

Más tarde, descubrí que mi elección de lugar de veraneo sólo tenía una pega: no estaba en absoluto aislado. Al principio, la diminuta casa de la señora Almira Todd, de espaldas a la calle, parecía bastante retirada y protegida del mundo exterior tras un frondoso jardín en el cual todo tipo de plantas lozanas, dos o tres alegres malvas reales y saxífragas de bosque, se apiñaban contra las grises lajas de piedra de la pared. Para una forastera, ese curioso jardincito resultaba muy sorprendente por sus pocas flores a merced de tanta espesura, pero pronto se desveló que la señora Todd era una apasionada de las hierbas, tanto silvestres como domésticas, razón por la que la brisa del mar, al entrar por la ventana del jardín, se impregnaba no sólo de eglanteria y mejorana, sino también de melisa, salvia, borraja, menta, ajeno y abrótno. Cuando la señora Todd tenía que visitar la parte más alejada de su pequeña parcela de hierbas, pisaba el tomillo y mezclaba su olor con todos los demás aromas. Por su corpulencia, sus voluminosas faldas rozaban y doblaban casi todos los esbeltos tallos que eludían sus pies. Siempre sabías cuando trajinaba por el jardín, incluso si sólo estabas medio despierta por la mañana y, tras el paso de unas semanas, llegabas a adivinar el lugar exacto en que se encontraba.

En un extremo de ese huerto de hierbas crecían otras plantas de farmacopea rústica, incluyendo, entre hierbas más comunes, grandes tesoros y rarezas. Exhalaban fragancias extrañas y acres que despertaban vagos y oscuros recuerdos de algo olvidado en el pasado. Algunas podían haber sido empleadas en ritos sagrados y místicos, transportando consigo a través de los siglos algún conocimiento oculto, aunque ahora habían pasado a formar parte de humildes compuestos que la señora Todd cocía en su fogón, en una olla pequeña, con melaza, vinagre o licores, según la ocasión. Estos mejunjes se dispensaban a los vecinos enfermos que solían venir por la noche, como a escondidas, para que les rellenara los recipientes anticuados que traían consigo. Uno de ellos, el llamado remedio indio, sólo costaba unos quince centavos; las instrucciones susurradas a los clientes se oían a través de las ventanas. Como la señora Todd solía ahorrarse

esfuerzos, la mayoría de los compradores se marchaban de la cocina sin consejo alguno sobre el medicamento. Sobre algunos, sin embargo, daba ciertas advertencias plantada en el quicio de la puerta, y otros requerían acompañamiento en su camino curativo hasta la verja del jardín, mientras la mujer murmuraba capítulos enteros de instrucciones, manteniendo un aire de misterio e importancia hasta el último instante antes de la despedida. Puede que no se enfrentara solamente con los achaques comunes de la humanidad. A veces, parecía incluso que el amor y el odio y los celos y los vientos contrarios del mar pudieran encontrar sus propios antídotos entre aquella eclosión de plantas curiosas del jardín de la señora Todd.

El médico del pueblo y esta experta herbolaria se llevaban muy bien. Puede que aquel buen hombre contara con tener que contrarrestar los efectos nocivos de ciertas pociones. De todas maneras, se detenía de vez en cuando junto a la cerca para saludar a la señora Todd. Tras unas breves palabras de cortesía, la conversación derivaba de inmediato hacia el terreno profesional. Dándole vueltas entre sus dedos a una ramita fragante, él galeno intercalaba indirectas acerca de, por ejemplo, la fe de mi casera en un tratamiento harto estricto de elixir de eupatorio, una fe tan firme que quizás, en más de una ocasión, había puesto en peligro la vida y capacidades de algunos buenos vecinos.

Llegar a este pueblo, el más tranquilo de entre los pueblos costeros, a finales de junio, recién iniciada la ajetreada campaña de recolección de hierbas, significaba también llegar al inicio de la entrega de la señora Todd a la elaboración de la tradicional cerveza de picea. Una larga serie de experimentos la habían llevado a perfeccionar sobremanera esta refrescante bebida. Gozaba de una inmensa fama local, de forma que los ingredientes para su elaboración se agotaban tan deprisa que tenían que ser repuestos continuamente. Por diversas razones, los largos días de paz que tanto había ansiado resultaron escasos en este rincón del mundo, maravilloso por otra parte. Mi anfitriona y yo, tras una hábil negociación, habíamos llegado a un acuerdo por el cual yo comería unos simples entremeses al mediodía a cambio de una generosa cena caliente. Por ello, a veces se veía a la inquilina apresurándose calle abajo con una ristra de pescados en la mano. Pronto quedó patente que este acuerdo le dejaba mucho tiempo a la señora Todd para sus paseos por bosques y prados en busca de hierbas. En los días de calor era constante la demanda tanto de cerveza de picea como de otros elixires calmantes con los que ya me había familiarizado, por mi imprudente curiosidad, durante los primeros días de

mi estancia. Como la señora Todd era viuda y vivía de poco más que de este modesto negocio y del alquiler de su hambrienta huésped, una le entregaba fácilmente sus fuerzas e incluso su atención, hasta el punto de que acababa por aceptarse que ella saldría al campo siempre que hiciera buen tiempo y que la inquilina atendería las visitas urgentes de sus clientes.

Entre algún que otro paseo con la señora Todd, con su sabias charlas, y mi papel de socia durante sus frecuentes ausencias, julio se me pasó volando y hasta que una noche no me encontré, rebosante de orgullo y satisfacción, mostrándole dos dólares y veintisiete centavos que había cobrado ese día, no me acordé de un largo texto que tenía que escribir y que ya acumulaba mucho retraso. Que te den una palmadita en el hombro y te llamen “cariño”, que te sorprendan para cenar con las primeras setas de la temporada, que puedas sentir la gloria de conseguir dos dólares y veintisiete centavos en un solo día, y después renunciar a todos estos agradables logros, requería una voluntad férrea. Siendo los placeres literarios, en el mejor de los casos, inciertos, hasta que no sentí en los oídos la voz de la conciencia con más fuerza que el rumor del mar sobre la cercana playa de guijarros no tuve el valor de decirle a la señora Todd que me retiraba. Ella, aunque levemente entristecida, estuvo mas cariñosa que nunca, si bien me pareció tan decepcionada como yo había supuesto, cuando le dije con franqueza que ya no podía permitirme más el lujo de lo que denominábamos “recibir visitas”. Sentí que estaba siendo cruel con todo el vecindario al restringir la libertad de la señora Todd en un momento tan crucial para la recolección de varias hierbas silvestres con las que tanto contaban para aliviar sus achaques invernales.

“Querida”, me dijo apenada, “su presencia aquí me ha sido de gran ayuda. Hacía años que no tenía una temporada como ésta, porque la verdad es que nunca he podido confiar en alguien tanto como en usted. Le faltan algunas cualidades, pero con el tiempo adquiriría el criterio y la experiencia suficientes para saber llevar el negocio. Aquí mismo se lo juraría a cualquiera”.

A la señora Todd y a mí no sólo no nos distanció este cambio en nuestro acuerdo comercial, sino que, por el contrario, entre nosotras pareció surgir una intimidad más profunda. A veces, después de caer el rocío, estar la luna en todo lo alto y con la fresca brisa marina que llegaba, cierta hierba nocturna, desconocida para mí, desprendía un olor penetrante bien entrada la noche. En esos momentos, la señora Todd sentía la necesidad de hablar con alguien y yo estaba encantada de

escucharla. Las dos estábamos como hechizadas, y bien desde fuera, al otro lado de la ventana, o en mi pequeño salón, comentaba las nuevas del día o, como sucedió una noche de neblina estival, sacaba todo lo que tenía guardado en lo más profundo de su corazón. De esta manera, llegué a saber que había amado a un hombre de una posición social más alta.

“No, querida, el hombre del que yo le hablo no podía pensar en mí como esposa”, me explicó. “De jóvenes, andábamos juntos, pero su madre se opuso al noviazgo e hizo todo lo posible por separarnos. Todo el mundo creyó que nuestros posteriores matrimonios fueron felices, pero aquello no era lo que ninguno de los dos queríamos, y ahora resulta que volvemos a estar solos de nuevo y que podríamos estar juntos. Él no era un simple pescador e hizo más fortuna que muchos. Era de buena familia y nosotros humildes trabajadores. Hace muchos años que no lo he visto y supongo que habrá olvidado aquel amor nuestro de juventud, pero el corazón de una mujer es diferente. Los sentimientos vuelven cuando crees que están enterrados, al igual que cada año vuelve la primavera. Además, siempre me las he apañado para saber de él”.

Estaba de pie, en el centro de una alfombra trenzada cuyos anillos negros y grises parecían envolverle las piernas en una tenue luz. En aquel reducido espacio, su altura y su fuerte complexión le conferían el aspecto de una imponente sibila, al tiempo que por la ventana se colaba la extraña fragancia de aquellas misteriosas hierbas del jardín.

### III

#### La escuela

Los clientes de la señora Todd siguieron pasando por delante de mi ventana aún unos cuantos días más y, casi concluida la cosecha del heno, empezaron a llegar, atraídos por su fama, forasteros de las tierras situadas más al interior. En alguna ocasión vi a una criatura joven y pálida, como una anémona blanca que hubiera logrado sobrevivir hasta mediados del verano, en cuyo rostro había estampado la tisis su triste sello. Más frecuentes eran, sin embargo, las visitas de dos robustas y curtidas granjeras, que detallaban sus síntomas a la señora Todd con voces chillonas y alegres en las que alternaban los placeres del chismorreo amistoso y la consulta médica. Daban la impresión de que aportaban mucho de sus propios conocimientos terapéuticos. Sin embargo, me di cuenta de que, aunque mi casera había perfeccionado su don natural en esa misma escuela, su palabra siempre era la última, y de que sus órdenes finales se recibían con un respetuoso silencio: “Tómese un puñado de hisopo”, o de la hierba que fuese. Una tarde, tras haber estado escuchando una animada conversación privada, dado que sin taponos en los oídos resultaba imposible evitarlo, y haberme reído y haber seguido con la oreja pegada un rato, pluma inerte en mano, cogí el sombrero, me puse la libreta de notas bajo el brazo y huí de aquella tentación. Cruzé el oloroso y verde jardín y caminé colina arriba por el polvoriento sendero, para al rato detenerme y mirar atrás.

La marea estaba alta, el bosque oscuro rodeaba la bahía y las casitas de madera parecían querer aproximarse al muelle. La casa de la señora Todd era la más alejada de la orilla. La hierba tapizaba la mayor parte de los grises salientes de la costa rocosa, repletos de laurel y rosas silvestres. Tierra adentro, se veían, esparcidas aquí y allá, algunas granjas. En la cima de la colina se levantaba una escuela, pequeña y blanca, a merced del viento y de los demás elementos, que servía de guía a los pescadores. Desde la puerta se apreciaba una magnífica vista del mar y la costa. En plenas vacaciones, la puerta estaba abierta, y tras detenerme a escudriñar por una de las ventanas que daban al mar y ponerme a reflexionar largo rato bajo una sombra cercana entre los laureles, volví al centro del pueblo y,